Carta al padre, de Franz Kafka, retrato de una masculinidad hegemónica

Raquel Martín Sánchez

Franz Kafka escribió *Carta al padre* en 1919, cuando contaba con 36 años de edad. En aquel entonces, los estudios de género no habían aún nacido, por lo que hablar de conceptos como "masculinidad" y "paternidad" en el sentido que les han dado los y las feministas contemporáneas era impensable. No obstante, la larga misiva que el autor de *La metamorfosis* y de *El proceso* redactó para su progenitor (y que nunca llegó a su destinatario, pues la madre de Kafka, la señora Lowy, pensaba que su hijo estaba exagerando y además sentía temor ante la reacción de su esposo) puede ser analizada ahora desde una perspectiva de género, lo que aporta un interesante —y dramático— punto de vista acerca de la relación entre el escritor checo (fallecido a los cuarenta y un años tras una vida bastante atormentada) y su padre, un autoritario empresario de principios del siglo XX.

En los últimos años, las relaciones entre varones y mujeres se han ido modificando (o al menos se está intentando que así sea), rompiéndose de alguna manera los rígidos y excluyentes roles asignados tradicional e históricamente a unos y a otras y propiciando la aparición de un cada vez más amplio espectro de las formas posibles del "ser hombre" y del "ser mujer", lo que nos lleva a hablar, en el caso que nos ocupa, de masculinidades, ya que, como han afirmado diversos autores y autoras, existen tantos modelos de masculinidad como varones hay en el mundo.[1] Sin embargo, es innegable que, debido a la construcción cultural, histórica, social, política, etcétera (lo que se conoce como género), que desde tiempos inmemoriales ha ido superponiéndose como una segunda piel a las diferencias biológicas existentes entre los machos y las hembras de la especie humana (sexo), se ha formado en buena parte de las sociedades del mundo una masculinidad hegemónica que, en el caso de México, y también de la Checoslovaquia de la primera mitad del siglo XX —pues las características masculinas tanto en América Latina como en Europa provienen, como afirma Virginia Hernández Enríquez, de una misma visión occidental, patriarcal y cristiana—[2] tiene como característica básica el ejercicio del poder y del dominio, lo que es utilizado muchas veces para discriminar y subordinar a las mujeres y a otros hombres que no se adaptan a este modelo dominante.[3]

De la misma forma, el concepto de "paternidad" tiende cada vez más a utilizarse en plural, por la emergencia de características diversas y dispares, aunque tampoco puede negarse que existe una "paternidad hegemónica", ciertas características aparentemente universales del "ser padre", como apuntan Patrice L. Engle y Ann Leotard: "El rol paterno, aunque sea atribuido, es percibido como poderoso. Los padres, en la mayoría de las sociedades, están investidos con el poder (en teoría sino en la práctica), proveen a sus familias el soporte económico, sirven como modelo para sus hijos (particularmente varones), protegen a sus familias de cualquier daño y ejercen autoridad sobre los hijos, esposas y otros miembros de la familia".[4]

La definición anterior se adapta bastante bien a la difícil relación entre Franz Kafka y su padre, Herman. El carácter extremadamente estricto de éste influyó ineludiblemente en el desarrollo del literato, que nunca, a lo largo de su existencia, consiguió desprenderse del sentimiento de inferioridad y nulidad causado por el desprecio, la ironía y la ira que rezumaban las palabras y los

actos de su progenitor en todo lo que a su hijo concernía. A lo largo de la lectura de *Carta al padre* y a través de los recuerdos y recriminaciones de Franz Kafka se construye, por tanto, una imagen de la masculinidad que recoge muchas de las características genéricas asignadas histórica y tradicionalmente a los hombres en la cultura occidental. Dentro del proceso más amplio de construcción de la masculinidad se encuentra el aspecto de la paternidad, el elemento principal que analizaré en la obra que nos ocupa, ya que ésta se centra básicamente en la relación entre un padre y un hijo aunque, al mismo tiempo, se desprendan otra serie de rasgos no ligados específicamente a la experiencia de ser padre.



Retomando la clasificación que Benno de Keijzer realiza en su artículo "Para negociar se necesitan dos. Procesos de interacción en la pareja con énfasis en la crianza: una aproximación crítica desde lo masculino", el padre de Kafka se inscribiría en el modelo de "patriarca tradicional",[5] aquel que se concibe como "el que gana el pan —el proveedor de la familia—, no entra a terrenos "femeninos" como el cuidado de niños y cree que mostrarle cariño a sus hijos puede restarle autoridad u hombría". Estas características se adecuan a la perfección al padre de Kafka (o al menos a la imagen que su hijo tiene de él), un comerciante más o menos bien situado que trata tan despóticamente a sus empleados como a sus hijos (un varón y tres mujeres), a los que al parecer pocas veces dirigió una palabra de afecto o una caricia. Pero no sólo esto, sino que, siguiendo de nuevo a De Keijzer, este tipo de padres tradicionales se convierten muchas veces en "factores de riesgo" para su pareja e hijos/as, a través de diversos mecanismos, como la violencia doméstica. Kafka dice en un momento de su carta: "También es cierto que casi nunca me pegaste en serio, pero tus gritos, tu cara congestionada por la ira, así como tu impaciencia por quitarte el cinturón y colocarlo en el respaldo de la silla, eran acciones que me dañaban más que el propio castigo físico".[6] Franz Kafka fue toda su vida una persona enfermiza (antes de morir de tuberculosis en 1924, pasó varios años de sanatorio en sanatorio) y ahora, a la luz de los estudios más recientes que hablan del costo (tanto para otros como para sí mismo) del ejercicio de una masculinidad hegemónica como la de Herman Kafka, con su ración diaria de violencia, podemos preguntarnos —aunque esto sea, tal vez, hacer "medicina-ficción"— hasta qué punto la situación familiar que vivió el autor de *El castillo* no influyó en su mermada salud. Al fin y al cabo, si diversos estudios afirman que entre los más importantes factores de riesgo para que las mujeres padezcan cáncer están el hecho de vivir, o haber vivido, relaciones familiares muy autoritarias, y el mantener relaciones de pareja dependientes, tampoco sería de extrañar que la mala salud de Kafka tuviera sus raíces en el enorme desgaste causado por el rechazo continuo del escritor al intento de su padre por imponerle las cualidades masculinas exigidas por la normatividad de la época y, al mismo tiempo —aunque pueda parecer paradójico—, en el resentimiento por no poseer los atributos viriles que caracterizaban a Herman Kafka y que lo convertían en un prototipo masculino, lo que Daniel Cazés ha llamado un "hombre de verdad".[7]

El tipo de violencia ejercido por el padre de Kafka era básicamente —aunque en esa época no existiera aún esa clasificación— la psicológica que, junto con la física (que el autor reconoce como "prácticamente" inexistente en la relación con su progenitor), la sexual y la económica constituyen los diferentes tipos de violencia intrafamiliar,

que a pesar de que en alrededor del 90% es ejercida contra las mujeres, también tiene como víctimas frecuentes a niños y niñas. La violencia psicológica del padre de Kafka está compuesta por amenazas ("por ejemplo, me provocaba un gran miedo tu frase: «Te voy a hacer picadillo», pese a que yo sabía que nunca pasabas a la acción; la verdad es qué cuando era niño dudaba si no lo harías"),[8] gritos y agresiones verbales ("tu método educativo... consistía en insultos, amenazas, improperios, risas malévolas, y —cosa muy rara— reproches hacia ti mismo")[9] y por castigos excesivos, como cuando el escritor cuenta que, por llorar durante la noche, su padre lo sacaba al balcón.

Todas estas actitudes provocaban en el pequeño Kafka un terror del que jamás pudo desprenderse completamente: "[...] también al escribir, el miedo y sus secuelas me cohíben cuando pienso en ti",[10] así como un sentimiento de culpabilidad que lo acompañó durante toda su vida: "Se acumuló otra vez un sentimiento de culpabilidad por todas estas muchas veces, en las que, según tu opinión claramente demostrada, había merecido palizas, pero de las que gracias a tu clemencia pude escaparme por los pelos. Por todas partes llegaba a tu culpa".[11]

Una masculinidad (auto)destructiva

Otras características que definen esa masculinidad destructiva del empresario checoslovaco son las siguientes:

- Un autoritarismo que no sólo se dirige hacia su hijo varón, sino contra los demás miembros del grupo familiar (madre y tres hijas). Este rasgo está ligado al hecho de que el padre, como tal, es visto como el único ostentador de la razón: porque es hombre y porque es patriarca y, por lo tanto, el jefe del hogar. Dice Kafka en las páginas 17 y 18 de su carta: "Desde tu sillón nos dabas órdenes a todos. Sólo tu forma de pensar era la correcta, a las otras las considerabas disparatadas e irracionales"; "[...] tu persona establecía la normatividad de todas las cosas". Efectivamente, Herman Kafka pretende erigirse siempre en el modelo de todo y todos, por lo que se dedica a calificar a las demás personas, degradándolas, a pesar de no conocerlas. Así, el escritor comenta en un momento: "Tu opinión era correcta, cualquier otra era absurda, exagerada, anormal",[12] para continuar después: "Bastaba con que tuviera un poco de interés en una persona [...] para que te metieras riñéndome, ante mi opinión. Personas infantiles e inocentes como, por ejemplo, el artista Lowy, tuvieron que soportarlo. Sin conocerle, le comparabas de una forma horrorosa, que yo ya he olvidado, con bichos...[13] Con relación al autoritarismo paterno, dice De Keijzer: "[el padre] ha aprendido a ser jefe y en las cuestiones de pareja y familia pretende tener siempre la razón y la última palabra".[14]

- Una dureza aparente que, en principio, no deja traslucir ningún sentimiento de compasión ni, tan siquiera, de amabilidad. Kafka no puede ser más tajante al respecto: "Nadie te conmovía".[15] No obstante, y como ocurre con frecuencia, el padre del literato de Praga, como tantos otros progenitores, guarda sentimientos muy diferentes en su interior, pero debido a una cultura patriarcal que coarta este tipo de expresiones en los hombres, hay que escarbar muy profundo para que salgan a la superficie. Kafka lo reconoce cuando dice: "En el fondo eres generoso y tierno..."[16] El autor subraya en varias ocasiones que esta represión de los sentimientos va en perjuicio de su propio padre, ya que "tiene que" sufrir en silencio (ya sabemos que, según la construcción social de la masculinidad, los hombres son fuertes e inamovibles y que por eso no pueden llorar ni mostrar sentimientos que no sean la vivacidad y la valentía, la ira y la violencia, la despreocupación y la bravuconería). Esto se relaciona con la idea, bastante más reciente al año en que Kafka escribió su *Carta al padre*, de que la masculinidad tiene costos muy elevados no sólo para mujeres, niños y niñas, sino para los propios hombres, que deben reprimir una parte de su personalidad (la cariñosa, la sensible, la colaboradora) por imperativos sociales y culturales, lo que representa una enorme pérdida para ellos. En este sentido, De Keijzer habla, retomando la "tríada de la violencia" propuesta por Michael Kauffman, del "hombre como factor de riesgo", "un eje para el trabajo en torno a la masculinidad, su construcción social y la forma en que afecta a la vida de las mujeres... Se trata de un enfoque crítico hacia los varones que muestre el daño hacia la mujer (y a niñas y niños), que disminuya el daño entre hombres y enfatice los costos hacia el hombre mismo —todo con el fin de replantear la masculinidad y las relaciones con

hombres y mujeres hacia relaciones más igualitarias y placenteras—".[17] Los accidentes de tráfico y el alcoholismo, con altas tasas de incidencia entre los hombres mexicanos, por ejemplo, son claras muestras de las pérdidas que implica la asunción de una masculinidad hegemónica, que privilegia valores como la temeridad y que sólo permite expresar sentimientos de dolor, tristeza, soledad y de ternura y cariño cuando se han tomado unas copas de más.

- Un carácter drástico y severo en el interior del hogar y en el negocio, ya que éstos son los espacios en los que el patriarca se siente seguro y con poder sobre "los suyos", que se diluye a medida que se aleja de su "zona de influencia". Ésta es una característica muy común en los padres violentos, que con frecuencia son considerados como modelos de respetabilidad social, aunque con sus allegados se comportan como auténticos tiranos. "Quiero agregar —cuenta Kafka— que cuanto más distanciado estás de la tienda y de nosotros, más cortés, amoroso, bueno y comprensivo te manifiestas."[18]

- Padre cuya ocupación principal, como proveedor del hogar, es un trabajo que absorbe buena parte de su tiempo y que, por lo tanto, pasa pocos ratos con su familia. Esto hace que, desde muy pequeño, Kafka vea a su papá como alguien lejano, al que tiene que respetar, pero con pocas cosas en común con él (es la figura del "padre ausente"). Al verlo como un extraño, el niño se siente cohibido y con temor ante la presencia imponente del progenitor: "Por otro lado, absorbido como estabas por tu empresa, sólo te veía una vez al día, causándome así una impresión tan profunda que nunca llegó a debilitarse ni a convertirse en costumbre".[19] Este impacto se ve aún más acentuado debido a las características físicas de Herman Kafka, que contrastaban con la debilidad de su hijo, delgado y de baja estatura. Por si fuera poco, el empresario checo no dejaba de "exhibir la seguridad del cuerpo propio para provocar inseguridad en el prójimo", como también ha apuntado Cazés:[20] "Ya sólo por tu corpulencia me encontraba oprimido. Me acuerdo, por ejemplo, cómo nos desnudábamos a menudo en una misma caseta. Yo flaco, débil, estrecho; tú grande, fuerte, ancho. Ya en el camarote me veía lastimoso, y no sólo ante ti, sino ante todo el mundo, pues tú eras para mí la medida de todas las cosas".[21]

- Incapacidad para comunicarse con sus hijos en cualquiera de sus formas. Uno de los ejemplos a los que alude más recurrentemente Kafka en este sentido es el de la educación sexual. El autor de *América* afirma en un par de ocasiones que nunca platicó con su padre sobre sexualidad, aunque le hubiera gustado mucho: "Les recriminé [a sus padres] que no me hubieran enseñado ni una sola palabra acerca del particular, pues lo que sabía al respecto me lo habían comentado mis amigos, quienes con sus pláticas (aquí mentí sin vergüenza) evitaron que yo hubiera caído en grandes peligros (en verdad no sabía cuáles podrían ser esos "peligros"), aunque al final les dije que por fortuna ya no existía ese peligro, pues ya estaba informado, y no necesitaba que ustedes me instruyeran".[22] En otro momento el novelista afirma: "Nunca hemos platicado con sinceridad".[23]

- Poder omnipotente y omnipresente, que quiere evitar a toda costa que los hijos elijan su propio camino, pues eso significaría dejar de controlarlos y, por lo tanto, la pérdida de buena parte del poder del padre. De todas maneras, el escritor checo fue capaz de escapar mínimamente, a través de la literatura, de ese pretendido control paterno, así como de ese "deber ser" masculino tan insistentemente inculcado por Herman Kafka.

- Erigirse en un modelo de virilidad y exigir que su único hijo se acople a la perfección a él. Así, en varias ocasiones a lo largo de *Carta al padre*, Herman Kafka alienta a Franz a que lleve a cabo ciertos comportamientos típicos de la socialización masculina tradicional, como beber alcohol, marchar como militar, decir palabras obscenas, ir al prostíbulo, etcétera. Así, comenta el literato en uno de los párrafos de su extensa carta: "[...] sólo me animabas cuando desfilaba o saludaba bien, pero no era ningún futuro soldado; o me animabas cuando podía comer mucho e incluso acompañarlo con cerveza, o cuando repetía canciones que no comprendía, o cuando podía imitar tus formas de hablar preferidas, pero nada de todo esto pertenecía a mi futuro".[24]

♦♦♦

Otro elemento que me parece de suma importancia en el análisis de esta obra, aunque sólo aparece tangencialmente, es la figura de la madre, que juega un papel básico como mediadora de las relaciones entre padre e hijos/as. Dice Kafka con relación a ella: "Mi madre desarrollaba inconscientemente la función de batidor durante la cacería [...], mi madre [ejemplo de la sensatez] lograba que las aguas regresaran a su cauce con su generosidad, sus sabias palabras y ruegos".[25]

La madre de Kafka se movió durante toda su vida, según comenta su hijo, entre el amor, la fidelidad y la admiración por su esposo y el temor ante él, una posición ambivalente reproducida por muchas mujeres, lo que la hacía girar la cabeza ante las injusticias cometidas por el padre hacia su hijo y sus tres hijas.

Crisis de la masculinidad hegemónica

Las características del padre de Kafka que acabamos de repasar nos lo presentan como "verdugo", pero también como víctima de una familia y de un sistema social que exige a los hombres una construcción de su propia masculinidad, que privilegia los roles de competencia, egoísmo, violencia, autoritarismo, etcétera, en perjuicio de la colaboración, la comprensión y la ternura, rasgos asociados históricamente a las mujeres.

Por suerte, en estos momentos múltiples voces, tanto de varones como de mujeres, se están alzando para decir que las masculinidades son múltiples y que, frente al modelo tradicional de padre dominante y controlador, existen cada vez más hombres que desean crecer junto a sus hijos e hijas en ambientes en los que se propicie y potencie la comunicación en todos los aspectos y que están dispuestos a abrirse a sentimientos vedados hasta entonces para ellos. Se trata del surgimiento de lo que Engle y Leonard llaman "la nueva paternidad",[26] aparecida en Estados Unidos en los años sesenta por el impulso de varios factores como son el incremento de la participación femenina en el mercado laboral, las luchas del movimiento de mujeres y también por el deseo de algunos hombres de aumentar la intimidad con sus hijos e hijas, yendo así más allá del tradicional y limitado rol de proveedores.

No sin ambivalencias y tensiones, estas nuevas formas del "ser padre" han ido calando en la sociedad mexicana y en otros países del mundo, produciendo beneficios para niños y niñas. Como comentan algunos autores,



"hay evidencias considerables de que los niños y sus padres se benefician ampliamente cuando éstos están muy involucrados afectivamente con sus hijos. Estudios en Estados Unidos han demostrado que infantes cuyos padres están altamente vinculados con ellos obtienen mejores resultados en las pruebas preescolares de inteligencia que los niños cuyos padres están menos próximos afectivamente".

En buena parte de los países europeos, así como en Estados Unidos, se han incrementado en los últimos años las políticas públicas que reconocen la importancia del nuevo rol paterno, promoviendo las relaciones padre-hijos/as a través de medidas como los permisos por paternidad o por asuntos familiares (por ejemplo, en caso de enfermedad del niño o niña).

A poco más de 80 años de que Franz Kafka escribiera su *Carta al padre* la paternidad responsable y participativa se presenta como uno de los grandes retos de este principio de siglo. ♦



Notas

[1] Según Benno de Keijzer, "Por *masculinidad* se entiende un conjunto de atributos, valores, funciones y conductas que se suponen esenciales al varón en una cultura determinada". De Keijzer, Benno. "El varón como factor de riesgo. Masculinidad, salud mental y salud reproductiva", en: Tuñón Pablos, Esperanza (coord.), *Género y salud en el sureste de México,* p. 201.

[2] Hernández Enríquez, Virginia, "Desmitificación del héroe y de las figuras masculinas en *Mal de amores*, de Ángeles Mastretta", en: *Memoria I, Foro: Las mujeres en el nuevo milenio*, Universidad Autónoma de Tlaxcala, México, 2001.

[3] De Keijzer, Benno, *op. cit.*, p. 201.

[4] Engle, Patrice L. y Ann Leonard, "Padres como compañeros de crianza", en: *GénEros*, año 4, número 12, junio de 1997, Centro Universitario de Estudios de Género, Colima, México, pp. 5-17.

[5] De Keijzer, Benno, "Para negociar se necesitan dos. Procesos de interacción en la pareja con énfasis en la crianza: una aproximación crítica desde lo masculino", en Figueroa, Juan Guillermo, *Elementos para un análisis ético de la reproducción*, PUEG, México.

[6] Kafka, Franz. *Carta al padre*. Editorial Leyenda, México, 2001, p. 31.

[7] www.europrofem.org/ 02.info/22contri/2.05.es/ 2es.masc/ 64es_mas.htm

[8] Kafka, Franz, *Carta al padre...*, p. 25.

[9] *Ítem*, p. 25.

[10] *Ítem*, p. 9.

[11] Kafka, Franz, "Carta al padre", en *Obras selectas de Franz Kafka*. Edimat Libros. Madrid 2000, p. 143.

[12] *Ítem*, p. 135.

[13] *Ítem*, p. 136.

[14] De Keijzer, Benno, "Para negociar se necesitan dos...", p. 262.

[15] Kafka, Franz, *Carta al padre*, p. 20.

[16] *Ítem*, p. 12.

[17] De Keijzer, Benno, "El varón como factor de riesgo...", p. 204.

[18] Kafka, Franz, *Carta al padre*, p. 44.

[19] *Ítem*, p. 14.

[20] www.europrofem.org/ 02.info/22contri/2.05.es/ 2es.masc/ 64es_mas.htm

[21] Kafka, Franz, "Carta al padre", en *Obras selectas...*, p. 135.

[22] Kafka, Franz, *Carta al padre...*, p. 61.

[23] *Ítem*, p. 10.

[24] Kafka, Franz, "Carta al padre", en *Obras completas...*, p. 134.

[25] Kafka, Franz, *Carta al padre...*, p. 31.

[26] Engle, Patrice L. y Ann Leonard, "Padres como compañeros de crianza", pp. 5-17.